

peranzas de la familiaridad de la otra. Lo que conduce á una apreciación clara de su carácter, es la observación de que cada una de ellas se ocupa de los hombres en todos sus pensamientos, palabras y acciones. Apenas habla uno de la tertulia ó reunión en que se encontró la última vez, cuando la una pregunta con aire rígido y la otra con aire despejado: «¿Sabe Vd. qué sujetos se hallaban allí? Por lo que hace á las mojigatas, debe confesarse que hay varias que, como los hipócritas, por una práctica larga en el desempeño de un papel falso, llegan á ser sinceras, ó á lo menos se engañan á sí mismas creyéndose tales.

En beneficio de la sociedad de las mujeres les propongo aquí una regla como ensayo de su virtud. Madama de Bourguignon, la fundadora de un beaterio conocido bajo el nombre de Pietistas, no menos famosa por la santidad de su vida que por la singularidad de sus opiniones, se jactaba á menudo, no sólo de poseer en sí misma el espíritu de continencia, sino también la facultad de comunicarlo á todos los que la veían. Los bufones de su tiempo llamaban á este poder, don de frigidéz, y se valían de la circunstancia para motejar la fealdad de su cara, sin admirar mucho su virtud. En consecuencia, aconsejo á las mojigatas que desean conocer la pureza de su corazón, que pongan sobre él su mano y examinen si se regocijarían con toda sinceridad, de obtener el don de inspirar pensamientos castos á todos los hombres que las vieran. Sienten alguna aversión á la facultad de inspirar tan grande virtud, sea cual fuere la opinión que puedan tener de sus perfecciones, las engaña su propio corazón, y se hallan aún en la categoría de mojigatas. Algunos quizá mirarán la jactancia de la fundadora del beaterio como el non plus ultra de la ostentación de una mojigata.

El tipo de una coqueta, llevado á su mayor altura, puede verse en la siguiente historia: Una coqueta francesa, viuda de pocos años, había sido seguida por un gascón pisaverde, el cual se había alabado entre sus amigos de haber alcanzado favores que nunca recibió. La coqueta, para vengarse de esto, lo envió llamar una tarde, y le dijo: en poder de Vd. está hacerme un gran servicio. El gascón, con muchas protestas de su buena disposición para obedecer sus órdenes, le suplicó le manifestase sus deseos. Vd. conoce, replicó la viuda, á mi amiga Belinda, y ha oído hablar muchas veces de los insoportables celos de su miserable marido. Pues bien, es absolutamente necesario para realizar cierto negocio, que su mujer y yo pasemos juntas una noche entera; y lo

que yo solicito de Vd. es, que se ponga los vestidos de dormir de Belinda y se acueste en la cama en que duerme con su marido, de modo que cuando éste se recoja no la eche menos. El gascón, aunque de natural vivo y emprendedor, se estremeció al oír semejante propuesta. Ciertamente, dijo la viuda, si Vd. no tiene valor para emprender lo que le pido, tendré que ocupar á otro que no se negará. Mataré al marido, dijo el gascón, si Vd. quiere, ¡pero acostarme con él! ¿Cómo es posible hacerlo sin ser descubierto? — Si Vd. no se descubre voluntariamente, dijo la viuda, no hay que temer, porque ya no se ocupa de ella para nada. Viene por la noche cuando mi amiga está dormida, y se va por la mañana antes que ella despierte; y de qué modo recompensará Vd. este servicio preguntó el gascón; y la viuda contestó sonriéndose: Quizá con lo que fuere más agradable á Vd. El gascón comprendió muy bien la idea, se puso los vestidos de dormir, y se metió entre las sábanas. Apenas pasó media hora cuando oyó el ruido del picaporte de la puerta de la recámara con los pasos de una persona que entraba, y no dudó fuese el dueño de la casa. No sé si la historia parecerá mejor diciendo en este lugar, ó al fin de ella, que la persona que entró con él en la cama fué la viuda coqueta. El gascón temblaba de miedo todas las veces que ella hacía el menor movimiento, ó se acercaba á él, y se alejaba de ella hasta quedar en el borde de la cama. No hablaré más de la inquietud en que pasó toda la noche, y que creció extremadamente cuando observó que el día había ya avanzado bastante, y que el marido no se levantaba, ni daba señal de salir á sus negocios. Todo lo que el gascón pudo hacer fué permanecer con su cara opuesta á la del que creía dueño de la casa, y fingirse dormido: pero cuál no sería su confusión cuando la viuda sacó el brazo y tiró el cordón de la campanilla que estaba al lado de la cama. En el acto vino su amiga y dos ó tres compañeros con quienes el gascón se había alabado de haber recibido favores de la viuda. Esta saltó de la cama cubierta con un sobretodo, y se unió á los asistentes riéndose del embustero intrigante.

LA ESPADA DE ITURIEL.

(De Addison.)

Entrando anoche en mi casa más temprano que de costumbre, tomé un libro para entretenerme hasta la hora de ir á la cama. Elegí casualmente á Milton, cuyo admirable poema del Paraíso perdido, llena el alma de agradables ideas y buenos pensamientos, y era por lo tanto, el libro más á propósito para mi intento. Me divertía yo con el hermoso pasaje en que el poeta representa á Eva dormida al lado de Adán, con el diablo en su oreja, inspirándole malos pensamientos bajo la forma de un sapo. Ituriel, uno de los ángeles de guardia del lugar, haciendo su ronda nocturna, vió al gran enemigo del género humano en este aborrecible animal, y lo tocó con su espada. Esta espada, siendo de un temple celestial, tenía la virtud secreta de que todo cuanto tocaba aparecía sin disfraz en su natural figura.

No pude menos de pensar cuán afortunado sería el hombre que poseyese esta espada, y cuán útil podría ser sobre todo á un ministro de estado. Le serviría para descubrir sus amigos entre sus enemigos, y los hombres hábiles entre los pretendientes; le impediría ser engañado con protestas y apariencias, y podría usarla como una especie de toque de estado, que ningún artificio podría eludir.

Estos pensamientos hicieron en mi imaginación impresiones muy vivas, y cuando me dormí tuve el siguiente sueño. Me figuré que se me aparecía el ángel Ituriel, y con una sonrisa que aumentaba su celestial belleza, me regaló la espada que tenía en su mano y desapareció. Para ensayarla me dirigí á un lugar de pública concurrencia.

La primera persona que pasó cerca de mí, era una Señora que tenía cierta vergüenza en su modo de mirar, y una reserva extremada en todas sus acciones. Parecía que me veía con cierto desdén y temor, como si fuese yo criatura obscena. Cuando me miraba y me demostraba desprecio, la toqué ligeramente con la punta de mi espada, y quedé sorprendido al verla tenderse de tal manera que me hizo avergonzarse en mi sueño. Al huir de esta desenmascarada gazmoña, vi á otra dama que, llena de animación, conversaba con otra y oí que le decía con vehemencia:

Nunca me hable Vd. de él, porque he resuelto morir doncella. Me dió curiosidad de tocarla con mi espada, y luego que lo hice comenzó á sentir dolores de parto. Se desvió mi atención de ella, al ver á un hombre y una mujer que andaban de bracete cerca de mí. Los toqué ligeramente, y en el momento vi á la mujer con pantalones, y al hombre con un abanico en la mano. Sería fastidioso describir todas las metamorfosis y aventuras nocturnas con que me entretuve: vi hombres con fieros bigotes y ojos de matasiete, temblar al contacto de mi espada; otros, con semblantes humildes y paz en sus labios, con espadas en sus manos. Podría yo referir historias de hombres muy ricos cambiados en usureros, y magistrados en alguaciles; al tenido por irreligioso convertido en penitente, y al reformador en libertino. No debo sin embargo omitir á un grave ciudadano que pasó cerca de mí con un rosario y un libro de oraciones en la mano, pero al tocarlo con la espada dejó caer el libro y metió furtivamente la mano en un bolsillo.

En general observé que aquellos que aparecían buenos, eran los que más á menudo burlaban mis esperanzas, y por el contrario, los que aparecían muy malos resultaban peores con el experimento; como el sapo de Milton que uno podría haberlo creído el bicho más deforme de la creación, pero cuando Ituriel lo tocó apareció más horrible bajo la forma de diablo.

Entre todas las personas que toqué, sólo una se mantuvo firme al toque de mi espada, adhiriéndose, á pesar de mis repetidos toques, á su forma, y permaneciendo fija en su primera apariencia. Esta persona era un joven que se jactaba de enfermedades vergonzosas, desenfrenados vicios, insultos á los hombres piosos, é injurias á la religión.

La turbación de mi alma fué extrema con este sueño. La contemplación de toda la especie humana tan corrompida, me llenó de melancolía, y mis descubrimientos aumentaron mi aflicción.

En medio de la tristeza en que me hallaba sumergido, me figuré que pasaban cerca de mí dos coches con librea de púrpura. En cada uno de ellos iba una persona de venerable aspecto. Al verlas, el pueblo que se reunía en gran multitud, se dividió en partidos como si cada uno se dispusiese á favorecer una de estas reverendas personas. Los enemigos de una de ellas me rogaron que la tocase con mi espada, asegurándome que la vería convertida en cismático. El otro partido me dijo con la mayor seguridad, que si tocaba yo al otro personaje lo vería revestido de inquisidor, y cubierto de flores. Hice la experiencia, y con gran contento

mío, vi en ellos dos obispos, uno católico y el otro protestante: ambos distribuan sus bendiciones al pueblo y rogaban por aquellos que los habían insultado, ¿ Es posible, me pregunté á mi mismo, que los hombres buenos que son tan pocos, se encuentren divididos y acojan en su partido á los viciosos de preferencia á los virtuosos que existen en el opuesto? ¿ Son los lazos de la caridad y de la tiranía menos fuertes que los del fanatismo? Me hallaba en estos soliloquios, cuando desperté repentinamente, creyendo tener asida mi espada, pero no la encontré. La meditación sobre sueño tan raro, me hizo pensar en el extraño cambio que sufriría el mundo si todos los hombres apareciesen en sus formas y caracteres naturales, sin hipocresía ni disfraz. Temo que la tierra en que vivimos apareciese á otros seres intelectuales un planeta poblado de monstruos. Esta reflexión parece que debía inspirarnos una ambición laudable de recomendarnos á aquellos invisibles espías, y de ser lo que queremos aparecer. Hubo una circunstancia en mi sueño que al principio quise ocultar; pero después de reflexionar no podría yo considerarme como historiador sincero é imparcial, si no informo á mis lectores que al tomar en mis manos la espada de Ituriel, aunque soy viejo y decrepito, aparecí joven y hermoso. Sé que mis enemigos dirán que esto es alabarse uno mismo, por cuya razón no quiero hablar más sobre el particular.

EL ANILLO DE GYGES.

(De Addison.)

Debe saber el público que hace tiempo poseo el maravilloso anillo de Gyges, aunque hasta ahora no lo he empleado. La tradición de este anillo es muy romántica. Tanto Platón como Cicerón dicen que lo poseyeron, y usaron admirablemente en favor de la moralidad. Este Gyges era el pastor principal del rey Cándalo. Cuando transitaba por las llanuras de la Lidia, vió un grande hoyo en el cual entró por curiosidad. Después de haber bajado á cierta profundidad, encontró la estatua de un caballo de bronce con puertas en los costados. Las abrió y encontró un cadáver colosal, con un anillo en el dedo, que le quitó y se lo puso. Las virtudes de este anillo eran mucho mayores de lo que se imaginó al

principio; porque cuando se halló en una reunión de pastores, observó que se hacía invisible cuando volteaba la piedra del anillo por el lado de la palma de la mano, y visible cuando lo volvía exteriormente. Si Platón y Cicerón hubiesen sido tan versados en las ciencias ocultas como yo, habrían encontrado mucha literatura mística en esta tradición; pero es imposible á un iniciado darse á entender al que no lo está.

Por lo que á mi toca, he llegado con grande estudio y aplicación á descubrir el secreto de hacerme invisible, y por este medio puedo ir adonde me place; he penetrado en las hendeduras de la tierra, descubierto el caballo de bronce, que Gyges, por medio de este anillo, logró entrar en las habitaciones más privadas de la corte, y abusó de tal modo de las circunstancias que se le presentaron, que al fin llegó á ser rey de Libia (a). En cuanto á mí, que siempre he trabajado más por mejorar mi alma que mi fortuna, quiero servirme de este anillo para penetrar el manejo de los hombres, y hacer sobre los errores de los otros, observaciones que pueden redundar en beneficio del público, sea cual fuere el efecto que pudieren hacer sobre mí mismo.

Hace cosa de una semana, no pudiendo conciliar el sueño, dejé la cama, me puse mi anillo mágico, y con el pensamiento me transporté á un cuarto en donde vi una luz. Lo encontré habitado por una belleza célebre, aunque es una especie de mujer negligente y desaliñada. Los adornos de su cabeza, y uno de sus zapatos, estaban en una silla, sus enaguas en un rincón, y su ceñidor,

(a) El poeta italiano Casti alude al misterioso anillo de Gyges en el siguiente soneto:

Mentre la greggia pascolava un di
Gige pastore, un aruo and trovò,
Che nel ditto poichè lo collocò,
Subitamente agl'occhi altrui sparì.
Con quell'anello i re disegnar i ordi
Di tante fellonie che possien oprò:
Il talamo real contaminò,
E sovra il regio soglio empio sali.
Se avress'io quell'anel, non vorre' già
Esser tanto fellon com'egli fu,
Ne servirmene in tante iniquità,
Prevalermene vorrei di tal virtù,
Accò quando di me cercando va,
Il creditor non mi trovasse più.

que había sido celebrado en unos versos el día anterior, con sus medias en medio del cuarto. Fui tan simple y oficioso, que recogí todos sus vestidos y los puse sobre la silla que estaba al lado de su cama, cuando con gran sorpresa ó que decía: Qué es lo que haces; deja mis enaguas. Temblé al principio, pero pronto conocí que la mujer soñaba, siendo de aquellas personas que según la expresión de Shakespeare tienen el pensamiento tan vago que expresan en su sueño todo lo que pasa en su imaginación. Dejé la habitación de esta mujer perdida, y fui á la vecina en donde encontré á un presumido. Tenía una botellita de sales colgada sobre su cabeza, y en la mesilla al lado de su cama, un volumen de poesías amorosas. Mientras admiraba yo la asombrosa disposición de las varias piezas de su vestido, su sueño me pareció interrumpido por una pesadilla; cambió de postura, pronunciando una palabra que la decencia me impide repetir. No queriendo presenciar sus penas nocturnas, dejé el lugar.

Apenas había yo entrado en otro cuarto cuando oí unas palabras muy duras pronunciadas en tono igual é uniforme. Me asombró la volubilidad de tantos improperios, y me parecieron muy coherentes para que las profiriese una persona dormida; pero acercándome vi una cabeza que me pareció de mujer, con un hombre á su lado despierto y tranquilo como un cordero. No pude menos de admirar su paciencia ejemplar, y descubrí por toda su conducta, que sufría bajo la disciplina locuaz de su mujer.

Me entretuve en otros lugares con las reconvenciones nocturnas que los maridos sufren de sus mujeres en la cama; observé que muchas de las gentes que encontré despiertas, lo estaban por envidia ó por amor. Algunas cantaban y otras maldecían en soliloquio; otras abrazaban sus almohadas y otras rechinaban los dientes. Descubrí igualmente que los avarientos son muy insomnes. Encontré á uno de ellos enfermo; y á su mujer y al médico hablando en voz baja al lado de la cama. Oí que el doctor decía á la pobre mujer, que su marido viviría cuando más hasta las cinco de la mañana. Ella recibió esta declaración como una madre de familia, preparada para toda clase de acontecimientos. Al mismo instante entró una criada que le dijo: Señora, el sepulturero que mandó Vd. solicitar ha llegado. Apenas salieron estas palabras de su boca, cuando el enfermo dijo con voz débil: ¿Doctor, sabe Vd. si ha habido hoy alza ó baja en los fondos? Este cuadro melancólico no era propio para divertirme, y abandoné el cuarto. Cuando me retiraba yo á mi casa, vi una luz en

una guardilla, y entrando en ella ó una voz que decía *plan, afan, holgazán; ocio, socio, negocio*; esto, y los muebles del cuarto, me hicieron creer que vivía allí un lunático; pero escuchando un poco más conoci que era un poeta.

Era ya cerca de la madrugada, cuando los espectros, brujas y encantadores tienen que retirarse á sus habitaciones, y sintiendo yo la influencia de ellos, me apresuraba á entrar en la mía, cuando á vi un hombre que forzaba la cerradura de una puerta. Inmediatamente le grité, y dando vuelta á mi anillo, aparecí en mi propia figura, y huyó lleno de temor.

Dando uno ó dos paseos en mi cuarto, me puse á pensar que, viejo como soy, no debía ir solo á la cama, y que en mi mano estaba casarme con una de las más hermosas mujeres regalándole mi anillo el día de la boda; porque ¿ qué papel no haría en las tertulias la mujer que lo poseyese, con el perfecto conocimiento que le daría de todas las cosas escandalosas de la ciudad? Pero en vez de emplearlo como anillo de esponsales para mí, pienso prestarlo á un amigo mío muy juicioso, que se ocupa de escribir una Historia secreta de secretas Memorias.

EL MARIDO DE LA SOLTERA.

(De Addison.)

SEÑOR REDACTOR.

Habiendo Vd. acogido con tanta indulgencia las cartas de algunas personas de mi sexo, me atrevo á esperar que no se negará á publicar la presente en su estimado periódico.

Ha de saber Vd. que con una figura regular, una fortuna considerable, y amantes en abundancia, me inclino mucho á vivir y morir doncella. Protesto á Vd. que esto no nace de amor contrariado, sino de no haber conocido todavía un hombre que posea todas las prendas que considero necesarias en un marido.

Quizá se imaginará Vd. que apenas sé yo misma la especie de hombre que deseo, pero para convencerle de lo contrario, paso á hacer la pintura de uno que, á pesar de mi inclinación actual, me casaría gustosa con él, y lo recomendaría con una fortuna de trescientos mil pesos. Una declaración como ésta, cuando hay tantos petímetros graciosos, tantos lindos mozos, y tantos viudos

circuspectos que buscan mujeres ricas, llamará sin duda la atención de algunos centenarios de ellos, lisonjeándose con la esperanza de que será fácilmente seducida, pero para acallar á la vez sus pretensiones, hago en seguida la descripción del único hombre con quien consentiré casarme, y al cual me permito llamarle : *El marido de la soltera.*

No obstante ser máxima fatal entre las mujeres : *Agradar los ojos aunque sufra el corazón*, soy tan ahogada de contentar los ojos, que la figura de mi hombre debe ser graciosa y atractiva; sus facciones regulares, y aunque regulares agradables, lo cual apenas recuerdo haber visto, porque en lo general, he observado que en donde la naturaleza es más exacta es menos atractiva. Sus ojos han de ser vivos, centellantes y tiernos; el color de su semblante limpio, saludable, alegre y sensible. Su estatura un poco alta; sus movimientos fáciles y graciosos; sin los pasitos petulantés de un petimetre, ni la marcha majestuosa de un pisaverde. Su porte debe ser serio pero natural; ni muy franco ni muy reservado. Sus miradas, su risa, su conversación y todos sus modales, deben ser justos sin afectación, y desembarazados sin ligereza. Basta de su persona.

Paso ahora á las prendas de su alma, sin las cuales, su gracia, buena figura, y amabilidad de nada le valdrán. Su genio debe ser imaginativo, y su instrucción extensa. Los hombres como los libros, han de haber sido el objeto de su estudio. El saber, la libertad y la galantería, deben mezclarse en su carácter de tal modo, que siempre sea un amigo que instruya, un compañero que alegre y un amante que entretenga. En su conversación no debe haber nada estudianto, pero tampoco nada á trochecho. Sus conceptos deben manar naturalmente, pero sin que les falte la delicadeza de expresión necesaria que les da un giro agradable. Á los talentos de su alma agregaré, si tal distinción me es permitida, las cualidades de su ánimo. Debe ser generoso sin prodigalidad, humano sin flaqueza, justo sin rigor y apasionado sin extravagancia. Con su mujer debe ser encarecido, con sus hijos cariñoso, con sus amigos ardiente y con el prójimo benévolo. La naturaleza y la razón deben unir sus poderes y la grandeza de alma agregar la virtud de la economía, haciéndole cuidadoso sin avaricia, y dándole una especie de desinterés sin negligencia. Su amor debe ir acompañado de respeto, y atraerse las voluntades por su continuada condescendencia. Debe cuidar de conservar su conquista por los mismos medios que la ganó, manifestar siempre

los mismos deseos y el mismo cariño aunque con mayor libertad.

Ha sido observado por personas experimentadas, que el alma contrae una especie de ceguedad cuando se halla enamorada, pero los sentimientos del hombre de que voy hablando, deben derivar de su razón; y la pasión, que en otros se considera como señal de locura, debe ser en el efecto verdadero de su juicio.

A estas cualidades debo agregar aquel encanto que es de considerarse antes de toda otra cosa, la religión. Ha de ser devoto sin superstición, y piadoso sin melancolía; alejarse de aquella enfermedad que convierte á los hombres en fanáticos sin caridad, infundiendo en sus corazones un triste desprecio del mundo y aversión á todos los placeres. No ha de ser tan amante de la sociedad que se mezcle en las asambleas de los bribones y de los necios, ni ser por otra parte de opinión que debe retirarse del mundo y de sus pompas para ver á Dios en el horror de la soledad; por el contrario, debe pensar que el Altísimo se encuentra entre los hombres, en donde su bondad es más activa, y su providencia más empleada. La religión debe iluminar, y la razón dirigir su conducta en medio del mundo, tanto por lo que hace á la salvación, como á los deberes de la vida.

Con un hombre semejante, una mujer disfrutaria en el matrimonio placeres que sólo los necios podrían ridiculizar. Su marido seria siempre el mismo, y siempre agradable. Otras casadas se consideran satisfechas si de vez en cuando logran pasar con sus maridos una hora agradable, pero con el que yo deseo para mí, sería imposible pasar un minuto que no fuese grato. Todas las veces que nos viésemos ó hablásemos seria con placer y cumplida satisfacción.

Ahora, Señor Redactor, todos esos lindos mozos que se visten bien, que escriben bonitos versos, y billetes amorosos muy bien redactados, colegiales, abogados, militares, comerciantes que desearan casarse con una mujer de veinticinco años, de regular figura, y con trescientos mil pesos de dote en toca tejas, que lean esta pintura, y si alguno de ellos asegura y prueba que se asemeja á ella, mi corazón y mi fortuna se halla enteramente á su disposición. Pero creo Señor Redactor, que en vez de un hombre, he descrito un monstruo de la imaginación; un ser que no existe ni existirá jamás. Por lo tanto, me resigno á mi condición, y sin afligirme puedo pensar en morir doncella, pues no es probable se encuentre un hombre que llene los deseos de esta Señor Redactor, su muy humilde servidora, lectora, y corresponsal.

ARABA FENIX.

Aunque no pongo la menor duda en que mi bella corresponsal merece completamente el marido que describe con tanto acierto, desearia yo por su propio bien, y por el de algún afortunado hombre, que hubiese agregado á su carta una posdata modificativa significando que condescendia en hacer alguna rebaja en sus pedidos. Cuando los hombres ricos construyen casas suelen prescindir de algunas comodidades en cambio de una bella fachada, ó de una bella fachada en cambio de algunas comodidades. De la misma manera debe conducirse una mujer en la elección de marido; si su corazón la inclina en favor de una buena cara, no debe mostrar repugnancia por un presumido; ó si prefiere un hombre instruido debe conformarse con un desaliñado, porque las probabilidades están contra ella de que el buen mozo será lo uno y el instruido lo otro.

Excepto yo mismo, no conozco un hombre tal cual lo describe mi amable corresponsal. No me atrevo á decir una palabra de mi persona ni de mis prendas porque ya tengo cerca de setenta años y porque desgraciadamente soy casado. Varias veces se me ha insinuado, y yo repito porque no me gusta engañar á nadie, que soy algo disimulado, y que mi urbanidad no es en todas ocasiones la que podria esperar una mujer tierna y amable.

Quiero igualmente ser cauto en recomendar á ninguno de los caballeros que diariamente se anuncian en los diarios como partidos ventajosos para las solteras; porque sea por extremada modestia ó porque en realidad no tengan más prendas que las que declaran en los avisos, la descripción que hacen de sí mismos sólo se limita á que son altos de cuerpo, bien formados y muy agradables; que gozan de salud perfecta, que han recibido educación liberal y que son sobrios y morales. Pero como estas descripciones de ninguna manera entran en particularidades, no estoy seguro de que los que las publican correspondan exactamente á la idea del marido de la soltera. Además, he recibido últimamente cartas de señoritas particulares que sea como interesadas personalmente ó como amigas de la interesada, han examinado á estos caballeros y me aseguran que los han encontrado muy diferentes de la idea que dan de sí mismos, aunque en sus avisos parecen modestos.

Pero antes de despedirme de mi sincera corresponsal, le prometo noticias en mi periódico del primer marido de la soltera que llegare á mi conocimiento; y si ella tiene á bien indicar dónde y cuándo debe esperarla el caballero en cuestión, sus órdenes serán

ejecutadas con la más exacta puntualidad, ó como muy consideradamente se expresa en un aviso que tengo á la vista: *si la señorita no gustare dejarse ver por la primera vez, puede enviar á alguna de sus amigas de confianza al lugar indicado.*

ESPÍRITU DE PARTIDO.

(De Addison.)

Entre los partidos, sobre todo en los países no constituidos sólidamente, hay una maxima que sólo ella bastaria para corromper á una nación entera, y es patrocinar y proteger á los sujetos más infames que se adhieren á ellos. No hay hombre que pueda servir para lograr algún intento, aunque su carácter privado sea muy escandaloso, que no llegue á ser inmediatamente un hombre de importancia de su partido.

Es cosa muy contraria al buen sentido, ver al hombre honrado y al bribón, al de buenas prendas y al necio, colocados bajo igual pie según es el caso en los partidos, los cuales siempre encontrarán esta ú otra circunstancia en los hombres más perversos, para disimularles sus vicios y sus indignidades. El que no tiene bastante juicio para distinguir lo justo de lo que no lo es, puede armar mucha bulla, y mientras menos sea su juicio mostrarse más obstinado, especialmente cuando obra por instigación de los corifeos. Tales son los mejores instrumentos, y tales las cualidades necesarias, para llevar á cabo los proyectos inicuos de los corrompidos directores de un partido.

El fervor partidario cambia el nombre de las cosas; lo blanco es negro, la virtud es vicio; el mérito de pertenecer al partido, borra todas las manchas de los caracteres más sucios, y el que por su conducta merecia ser colgado según todas las leyes divinas y humanas, puede ser al mismo tiempo un ángel entre sus partidarios.

Mendaz, cuando desempeñaba un empleo del Gobierno, cometió cierto fraude que fué descubierto, y arruinó su reputación entre los hombres honrados; pero Mendaz siempre ha sido fiel al partido á que pertenece. Los directores del partido se reúnen para considerar cómo se conducirán con respecto á Mendaz en esta critica circunstancia; todos los hombres de honor opinan

por abandonarlo con el fin de convencer al mundo que no quieren proteger al hombre que ha servido mal á su país; pero un veterano que había envejecido en todas las prácticas inicuas de partido, y que por su experiencia en ellas había adquirido autoridad, fué enteramente de otra opinión. Mendaz, dijo, ha sido uno de los promotores más activos de nuestra causa, y nada nos importa su moralidad, ni su honor. El que se muestra fiel á nuestros principios debe ser escudado, sea cual fuere su culpabilidad. Mendaz pues, por medio de esta detestable práctica de los partidos, fué protegido y halagado bajo la infamia de un fraude de los más escandalosos, y como su partido llegó á triunfar, fué colocado en un empleo importante, en el cual hizo á su país más daño del que le habría ocasionado el hambre, la peste, ó la guerra, porque derramó la corrupción por todas partes. Muchas de las grandes fortunas que suelen hacerse, provienen de prácticas fraudulentas, y algunos de estos partidarios imprudentes han llevado la astucia hasta cambiar de partido, adhiriéndose al más fuerte en momentos oportunos, y salvar así sus personas y mal adquiridas propiedades, de modo que con frecuencia he creído que un partido fuerte es para un trampista, lo que una fuerte isla del Levante para un pirata, un lugar seguro en donde depositar cuanto ha robado.

BALANZAS SINGULARES.

(De Addison.)

Hace poco, me divertía yo en comparar aquel pasaje de Homero en que nos representa á Júpiter con la balanza en la mano pesando los destinos de Héctor y de Aquiles, y también otro trozo de Virgilio en que el mismo dios se ocupa en pesar los destinos de Juno y de Eneas. Noté con este motivo, que el mismo modo de pensar y de explicarse reinaba en todos los países orientales, como puede verse en aquellos bellos pasajes de la santa escritura en que se dice que el gran rey de Babilonia fué pesado en la balanza la víspera de su muerte y que se encontró ligero; que Dios pesa las montañas y las colinas en una romana; que pesa los vientos, pondera las nubes y las tiene en equilibrio; que pesa los ingenios y actos de los hombres, como también sus calamidades

en una balanza. También he observado que Milton tiene á la vista estos ejemplos, ú otros parecidos, en la hermosa descripción en que nos representa al Arcángel y al espíritu maligno prontos á venir á las manos, cuando apareció la balanza en el cielo, y habiendo sido pesadas las consecuencias del combate, se vieron obligados á separarse.

Varias de estas ideas entretenidas se apoderaron de tal modo de mi espíritu antes de dormirme, que su mezcla con las otras excitó en mi imaginación un sueño muy singular. Me pareció que me hallaba yo en mi gabinete sentado en mi poltrona, en donde me había abandonado á esta agradable meditación, y que mi lámpara ardía en mi mesa como de costumbre. Ocupado de este modo en meditar sobre diversos asuntos de moral, y á admirar la naturaleza de varios vicios y virtudes que sirven de materia á los artículos diarios que se publican en el periódico de que soy redactor, me pareció que veía yo unas balanzas de oro suspendidas por una cadena del mismo metal, encima de la mesa en que estaba yo apoyado, cuando repentinamente aparecieron encima de ella multitud de pesas. Después de haber examinado detenidamente estas pesas, encontré que señalaban un valor justo á todo lo que los hombres estiman. Para ensayarlas, puse la pesa de la sabiduría en uno de los platos de la balanza, y la de las riquezas en el otro; pero éstas parecieron de tanta ligereza, que el plato en que se hallaba la pesa que les correspondía, se elevó en el momento hasta tocar el fiel.

Antes de continuar mi relación, debo advertir que estas pesas no dejaban sentir su peso natural, hasta que no eran puestas en las balanzas de oro, y que me era imposible conocer cuáles eran pesadas ó ligeras, mientras las tenía yo en la mano. Así lo experimenté varias veces: por ejemplo, después de poner en un plato la pesa de la Eternidad, por más que puse en el otro las del Tiempo, la Prosperidad, la Aflicción, la Abundancia, la Pobreza, el Interés, con varias otras que parecían muy pesadas á mi mano, fueron incapaces de mover el plato opuesto, y jamás lo habrían conseguido aunque se les hubiese agregado las pesas del Sol, de las Estrellas, y de la Tierra.

Luego que vacié los platos, puse en uno de ellos las pesas de algunos títulos, honores y pompas, con varias otras de la misma naturaleza. Vi en seguida cerca de mí, una pesa pequeña muy brillante que por casualidad coloqué en el plato opuesto, pero me sorprendí al ver que contrapesaba á todas las otras, quedando

la balanza en un equilibrio perfecto. Quise examinar el nombre grabado en esta pesa, y encontré que era la vanidad. Había diversas pesas de igual pesadumbre que se servían mutuamente de contrapeso. Experimenté algunas de ellas, por ejemplo la Avaricia y la Pobreza, las Riquezas y el Contento etc.

Distingué también varias pesas de la misma forma que parecían corresponderse entre sí; pero que colocadas en los platos daban un resultado muy diferente, tales eran las de la Religión y de la Hipocresía, la Pedantería y la Ciencia, el Talento y la Vivacidad, la Piedad y la Superstición, la Gravedad y la Prudencia, etc.

Al ver una pesa en la que había grabadas varias letras por todas partes, tuve curiosidad de saber lo que era, y leí en un costado estas palabras: *Según el dialecto de los hombres*; y debajo, *Calamidades*. Por otro lado se leían estas palabras; *En el lenguaje de los dioses* y debajo: *Bendiciones*. Encontré también que el valor intrínseco de esta pesa iba más lejos de lo que había yo creído, pues pesaba más que la de la Salud, las Riquezas, la Fortuna etc, que en la mano parecían más pesadas que aquella.

Un proverbio escocés dice que una onza de talento natural vale una libra de talento adquirido, verdad que me pareció muy clara cuando vi la diferencia que existía entre la pesa de los Dones naturales y la del saber adquirido por el estudio. Las observaciones que hice sobre ambas pesas, me abrieron un campo nuevo de descubrimientos; porque aunque la pesa de los Dones naturales pesase mucho más que la del Saber, pesó cien veces más que de costumbre luego que fueron puestas las dos juntas en un mismo plato. La misma cosa observé respecto de la Fe y de la práctica de las Virtudes morales, porque aunque la pesa de estas últimas fuese superior á la otra, separadamente adquirió mil veces más pesadumbre uniéndola con la primera que pesándola sola. Este extraño fenómeno apareció en varios casos como entre el Talento y el Juicio, la Filosofía y la Religión, la Justicia y la Humanidad, el Celos y la Caridad, la solidez de Pensamiento y la perspicacia de Estilo, con otra multitud de cosas pareadas que sería largo referir.

Como en un sueño siempre se confunde lo grave y serio con lo jocosos y ridiculo, me pareció que hacía yo varias experiencias de un género jovial. Por ejemplo, encontré que un tomo en octavo pesaba más que otro francés en folio; y que un autor antiguo, griego ó latino, sobrepujaba á una biblioteca de los modernos.

Puse en seguida en un plato uno de mis ensayos que se hallaba sobre la mesa, y una pesa de medio real en el otro. Los lectores no me preguntarán el resultado de esta experiencia si recuerdan la primera que hice. Puse también en la balanza á los dos sexos, pero como es de mi interés tenerlos á ambos contentos, se me permitirá que no diga yo el resultado. Por otra parte, la ocasión era tan propicia que no pude dejar de poner en uno de los platos los principios de un puro y en el otro los de un conservador; pero en calidad de hombre que siempre ha observado una neutralidad estricta, se me concederá que guarde secreto sobre el particular, y sólo diré que después de examinar una de las pesas, encontré en letras capitales esta palabra: *Tekel* (a).

Hice diversas experiencias de la misma naturaleza, pero no me queda espacio para insertarlas en este ensayo. Cuando desperté me cupo el sentimiento de ver desvanecidas mis balanzas de oro; pero me decidí á aprender de ellas esta lección: no despreciar ni estimar nada por su apariencia exterior, sino valuar las cosas según su verdadero mérito intrínseco.

CARACTERES DESCRITOS COMO INSTRUMENTOS DE MÚSICA.

(De Addison.)

He oído hablar de un magnífico cuadro en que todos los pintores de la edad en que se hizo, se hallan representados en círculo asociados en un concierto de música. Cada uno toca el instrumento más adecuado á su carácter, y expresa el estilo y manera de pintar que le es particular. El famoso pintor de cúpulas de aquellos tiempos, para mostrar la grandeza y osadía de sus figuras, tiene una trompa en la mano que parece sonarla con gran vigor. Por el contrario, un artista eminente que pintaba sus figuras con el mayor cuidado, y les daba todas las pinceladas propias para agradar á los ojos más delicados, se halla representado tocando una tiorba. La misma especie de capricho reina en toda la pieza.

Esta idea me ha hecho imaginar varias veces que los diferentes talentos en el arte de la conversación podían delinearse de la misma manera según las diferentes especies de música, y que las

(a) Véase á Daniel, v. 27.

tertulias y reuniones sociales podrían ser divididas en caracteres adecuados, según la semejanza que guarden con los diversos instrumentos de música usados por los maestros más famosos. Para proceder con orden comencemos por el tambor.

Los Tambores en la conversación son los matasietes que con careajadas, con afectada alegría y con ruidosas gesticulaciones, dominan las asambleas públicas; sojuzgan á los hombres de juicio; aturden á sus compañeros y como un moscardón llenan el lugar en que se encuentran de un zumbido insubstancial, en que rara vez hay ingenio, agudeza, ni buena crianza. El Tambor sin embargo, por su tempestuosa vivacidad, es muy propio para imponer á los ignorantes; y en conversación con las mujeres que no han alcanzado el más fino gusto, pasa á menudo por hombre alegre y de buen humor, y por compañero muy agradable. Inútil es observar que la vaciedad del tambor contribuye mucho á su ruido.

El Arpa es un carácter enteramente opuesto al del Tambor, suena muy agradablemente por sí sola ó en concierto muy reducido. Sus notas son de lo más suaves y bajas, y se pierden ó confunden entre los otros instrumentos, á menos que el oyente no preste una atención particular. Rara vez se oye un Arpa en sociedad que pase de cinco personas, á la vez que un Tambor hará sentir su superioridad en una asamblea de quinientas. Los hombres que se asemejan al Arpa son de talento claro, de reflexión poco común, de grande afabilidad, y estimados principalmente por las personas de buen gusto, que son las únicas competentes para juzgar de tan deliciosa y suave melodía.

La trompeta es un instrumento que no tiene en sí medida musical ni sonidos variados, pero es no obstante, muy agradable mientras permanece en su altura. Aunque no tiene más de cuatro ó cinco notas, son muy agradables y capaces de modulaciones alternadas muy exquisitas. Los hombres que caen bajo esa denominación son de la mejor educación, de muy fina crianza, han adquirido cierta brillantez en su conversación y cierto aire despejado, en la buena sociedad que han frecuentado; pero al mismo tiempo sus prendas son superficiales, su juicio débil y su entendimiento de cortos alcances. Una comedia, una tertulia, un baile, un día de visita ó un círculo en la alameda, son las pocas notas de que son dueños y que tocan en todas las conversaciones. La trompeta sin embargo, es un instrumento necesario cerca de una corte y muy á propósito para vivificar un concierto, aunque por sí sólo no sea muy armónico.

Los violines son los de genio vivo emprendido é importuno, que se distinguen por el floreo de su imaginación, la agudeza de sus réplicas, los rasgos de su sátira, y sostienen la mayor parte en cada concierto. Sin embargo, no puedo menos de observar que cuando un hombre no se halla dispuesto á oír música, no hay en la armonía sonido más desagradable que el del violín.

Hay otro instrumento de música algo común, quiero decir el violón que rezanga en medio de un concierto; con su vigoroso y áspero sonido da fuerza á la armonía y modera la suavidad de los diversos instrumentos que suenan al mismo tiempo. El violín es un instrumento que es del todo diferente de la Trompeta, y puede ser comparado con los hombres de juicio toseco y modales rudos, que no gustan que se les hable y á veces prorrumpen con alguna grosería festiva, algún rasgo imprevisto de ingenio ó algunas bufonadas impertinentes, con no poca diversión de sus amigos y compañeros.

Por lo que hace á los de gusto campesino que con la mayor elocuencia y ardor hablan de caballos, perros de caza, corridas de toros, saltos de zanjas y cuellos rotos, dudo si les daré un lugar en el mundo sociable. Sin embargo, si se conforman con ser elevados á la dignidad de Bocinas, desearia yo que en lo futuro fuesen conocidos bajo este nombre.

No debo omitir á toda la generación de Gaitas, que entretienen á uno desde por la mañana hasta por la noche con la repetición de unas mismas notas, y el perpetuo zumbido del roncón que acompaña á dicho instrumento. Estos son los fastidiosos é insípidos contadores de historietas, que embarazan la conversación y se presentan como hombres de importancia por ser sabedores de historias secretas; y refieren contratos, ajustes y negocios que sean ó no verdaderos, no contribuyen en lo más mínimo á la instrucción ni al bienestar de las gentes.

Son tan pocas las personas hábiles y versadas en toda especie de conversación, y que pueden discurrir sobre todas materias, que no es fácil formar de ellas una especie distinta. No obstante, para que mi plan no parezca defectuoso á los de talentos dotados tan raros, las colocaré en la categoría de Pianos, cuya medida, como sabe todo el mundo es por sí misma un concierto.

Respecto de los melancólicos, que ven la alegría como criminal, y sólo hablan de cosas tristes, y mortificantes á la naturaleza humana, los compararé á las campanas que tocan á muerto.

Tampoco me ocuparé de toda la gente infima que llena las

calles, bodegones, cafés y vinoterías, porque no puedo llamar conversación á su discurso sino una tentativa para imitarla. Por esta razón colocaré á toda esta gente entre las matracas, castañetas y otros instrumentos estrépitosos de madera.

El lector indudablemente observará que sólo me he ocupado de instrumentos varoniles, habiendo reservado mi concierto femenino para otra ocasión; pero si deseara saber en dónde podrá encontrar todos estos diversos caracteres, podré indicarle una reunión de Tambores y otra de Gaitas. Las Arpas suelen reunirse en las márgenes de algún riachuelo cristalino, en el retiro de algún bosque sombrío, y en los prados floridos, que por igual motivo son muy frecuentados por las Bocinas. Los Violones abundan en los cafés y los billares, tomando ponche y fumando cigarros; los Violines frecuentan los paseos y las neverías, y los Trompetes nunca dejan de asistir á los teatros.

Para retirar alguna utilidad del discurso anterior, recomendaré á los lectores que observen bien sus palabras y acciones, y al separarse de alguna sociedad examinen seriamente si se han conducido como un Tambor ó una Trompeta; un Violín ó un Violón, y en consecuencia procuren enmendarse adoptando otra música. En cuanto á mi confesio que fui un Tambor durante algunos años, hasta que habiéndome pulido en la buena compañía adopté en mi conversacion toda la suavidad que me fué posible.

Concluiré este ensayo con una carta que recibí anoche de un amigo mio, que conoce muy bien mis nociones sobre este particular y me invita á pasar la prima noche en su casa con un selecto número de amigos, en los siguientes términos :

QUERIDO AMIGO,

Me propongo tener esta noche un concierto en mi casa habiendo tenido la rara fortuna de conseguir un Piano que estoy seguro te procurará momentos muy agradables. Habrá también dos Arpas y una Trompeta; te suplico te temples tú mismo, y no dudes del afecto que te profesa tu amigo. — *N. Zumbo.*

NECESIDAD Y PELIGRO DE ESCUDRIÑAR EL PORVENIR.

(Versión del inglés de Johnson.)

Se ha dicho con frecuencia que el alma del hombre nunca se satisface con los objetos inmediatos, sino que siempre abandona el momento presente, se pierde en proyectos de felicidad futura, y olvida el conveniente empleo de los momentos actuales para prepararse á gozar de otros que quizá jamás le serán concedidos; y como esta conducta abre ancho camino á la burla de los hombres alegres y á la declamación de los serios, ha sido ridiculizada con toda la agudeza del ingenio, y exagerada con todas las ampliaciones de la retórica. Todos los casos en que su ridiculez aparece más palpable, se han reunido cuidadosamente; ha sido marcada con todos los epítetos de desprecio, y no hay tropo ni figura que no se haya empleado para combatirla.

Ejercemos con gusto la censura, porque es cosa que siempre implica superioridad; los hombres se deleitan imaginándose que sus pesquisas han ido más lejos que las de los otros, que sus averiguaciones han sido mayores, y que han descubierto faltas y locuras que se escapan á las observaciones del vulgo. Por otra parte, la ocupación de solazarse con lugares comunes es tan seductora para el que escribe, que no le es fácil abandonarla: una serie de sentimientos generalmente recibidos le procura brillar sin trabajo, y vencer sin batalla. Causa tanto placer reirse de la locura del hombre que sólo vive en idea, que se niega alivios inmediatos por placeres distantes y que en vez de disfrutar de las comodidades de la vida, deja que ésta se oscurea en preparaciones para gozarlas; se presentan tantas oportunidades para triunfar alegremente ejemplificando la incertidumbre de la condición humana, despertando á los mortales de su sueño, é informándolos de la silenciosa celeridad del tiempo, que podemos creer que los autores gustan más de transmitir que de examinar tan ventajoso principio, y que quieren más bien recorrer este sendero llano y florido, que considerar atentamente si conduce á la verdad.

La propiedad de escudriñar el porvenir parece ser la condición inevitable de un ser cuyas mociones son graduales, y cuya